

PEQUEÑA HISTORIA DE ESTE LIBRO

Finalmente me he atrevido a escribir este libro, mi primer libro para contar las cosas que pienso. A lo largo de varios años he ido tomando conciencia y dialogando con limitaciones, temores y vergüenzas que me impedían el atrevimiento de dar luz a un libro en el que pudiera plasmar múltiples inquietudes que rondan en mi interior. Mis niveles de auto-exigencia y la necesidad auto-impuesta de que cualquier libro que escribiera tendría que ser un éxito me hacían muy cuesta arriba aceptar el riesgo de escribir algo que pudiera no alcanzar ese esperado reconocimiento.

Hoy soy más valiente frente a mis limitaciones y prejuicios y siento la libertad de escribir esto y compartirlo con quien tenga interés o curiosidad. He superado muchas barreras y he logrado mejorar mucho en cuanto a humildad para prepararme en el caso de no tener reconocimiento. En pocos meses he pasado de pensar «¿cómo me voy a atrever a publicar esto?» a «¿cómo no me voy a atrever a hacerlo?».

Este libro nace de mi necesidad de expresarme y poner ordenadamente en papel mis debates internos tratando de entenderme en mis ámbitos de ser animal, racional y espiritual a la vez. Las ideas revueltas y agitadas se convierten en serenidad interna cuando se ven plasmadas ordenadamente en un papel.

El camino de lucha frente a mí mismo y los diálogos interiores que he mantenido en la preparación de este libro han constituido una de mis principales fuentes de aprendizaje y enriquecimiento personal para entender mejor el mundo desde la comprensión de mí mismo como ser humano,

con mi naturaleza más animal en su extremo inferior y la dimensión espiritual en el superior.

Desde siempre he sentido un enorme interés por el ser humano y la comprensión de las motivaciones y fuerzas que lo llevan a los comportamientos que adopta. El aprendizaje sobre mí mismo y de los mecanismos, impulsos, intereses y motivaciones que mueven al hombre me ha llevado a la búsqueda interior de mi propia verdad, a explorar mi comportamiento y a la observación de las personas que me han rodeado para alcanzar un entendimiento profundo de su forma de ver y entender las cosas. Y, mi inquietud por comprender la sociedad y la explicación de los fenómenos que en ella ocurren han caminado en paralelo y de forma inseparable. Y así, donde la gente ve hechos, a mí me ha gustado siempre buscar los fenómenos de los que esos hechos formaban parte, encontrando de esta forma nuevas perspectivas para la interpretación de nuestra sociedad.

He buscado y busco siempre lo que menos se ve, lo que hay detrás de lo aparente, lo que en última instancia mueve nuestros comportamientos. He discutido infinidad de veces con personas para descubrir intereses y motivaciones de los que los propios afectados no eran conscientes en primera instancia. Son esa actitud y un cierto don de observar lo oculto y desvelar razones poco o nada visibles los que me han permitido ser un constante creador de interpretaciones y miradas de las cosas más allá de las habituales y aparentes a primera vista. Y son probablemente las conversaciones profundas con otras personas, a corazón abierto, con total presencia, escuchando con la piel y con todo mi cuerpo, con total aceptación y sin el más mínimo juicio, las que han constituido mi mejor fuente de aprendizaje, energía y felicidad. Más allá de las experiencias religiosas o las de la pasión del amor, ninguna experiencia es tan cumbre y maravillosa como la comunión de dos personas que, en una conversación, comparten

o intercambian sin barreras, con total aceptación y sin juicio, sus inquietudes, frustraciones o temores más profundos. Sencillamente eso, dos corazones fundidos con esa actitud alumbran una extraordinaria vivencia amorosa cargada de un conocimiento experiencial de máximo valor.

La lectura, mi formación en autoconocimiento y en el conocimiento general del ser humano, la participación en múltiples grupos de formación y crecimiento, y, sobre todo, mis múltiples experiencias personales, profesionales y espirituales constituyen mis fuentes para abordar el reto que este libro supone para mí.

Como luego explicaré, creo poco o nada en la verdad absoluta. Pero sin embargo me enriquezco incesantemente creando nuevas perspectivas de las cosas y siendo consciente de que todas las perspectivas son reales para quien está de observador. Como ocurre con la pintura, con sus interpretaciones de la realidad que adoptan formas abstractas, impresionistas o de cualesquiera otras corrientes artísticas, el ensayo y la escritura adoptan las técnicas, miradas y formas del autor dotándolas de mayor o menor grado de realismo, rigor, detalle, perspectiva etc. sin que unas anulen a las otras o puedan considerarse superiores. Es la coherencia de la mirada la que debe ser capaz de crear una nueva realidad que represente una visión o interpretación de las cosas. Y por ello no tengo más objetivo con este libro que el de ser capaz de pintar ciertas perspectivas de nuestro mundo para que se comprendan, se compartan o no.

A pesar de no creer en la verdad, soy un permanente buscador de la misma y sueño constantemente con contribuir a un mundo mejor descubriendo nuevas «verdades pasajeras», que no son sino aquellas que parecen ciertas o buenas durante un tiempo hasta que se comprueba que nada es establemente perfecto para el ser humano de forma permanente y descontextualizada. Cualquier régimen o sistema de prin-

cipios y protocolos buenos que se adopte para la felicidad de las personas podrá ser o no adecuado en consideración a una determinada forma de ser del grupo al que se le aplica, pero tenderá a degenerar por la necesidad y tendencia del hombre de distinguirse, aburrirse, superarse, crecer y compararse con los demás buscando sus propios caminos. No obstante, a pesar de mi escepticismo luché por traer ideas que contribuyan a incrementar la calidad y la cantidad del bienestar emocional apoyado en los cimientos del «sentido profundo» de cada individuo pero consciente de la volátil evolución de las pautas y formas de relación y motivación.

Son precisamente esas inquietudes permanentes dentro de mí las que me hacen tomar conciencia de vivir en un mundo cargado de «sinsentidos» en múltiples aspectos de nuestra sociedad. Y esa carencia de sentido se me hace una fuente de insatisfacción cuando la padezco personalmente. Gracias a Dios, puedo decir que cada vez vivo más alineado con lo que me da sentido en esta vida, siendo también este texto un cauce de realización de mi sentido. Escribir este libro me da una «razón de ser» en este momento, sea cual sea el efecto o el impacto que tenga en los demás. Encontrarme en mi día a día alineado y coherente con mi sentido, mi «por qué y para qué estoy yo aquí» contribuye a mi felicidad y a la de los que me rodean. Solo por eso, escribir este libro (al menos mientras lo escribo) tiene beneficiosos e indirectos efectos.

Tras muchos años ya de vida profesional, emprendí hace no mucho tiempo un camino de búsqueda de mi propio sentido y una vía para encauzarlo a través de mi actividad profesional. Mi comodidad y dominio del mundo de la negociación, los conflictos, las relaciones y el gobierno de empresas me guiaron hacia eso que ahora llaman mi «reinención profesional», que me abrió las puertas a un camino de felicidad con el que jamás había soñado y por el que discurro aho-

ra ayudando a la gente y a empresas a entenderse y resolver sus dificultades o conflictos promoviendo acuerdos.

Una de las cosas descubiertas en mi aprendizaje es que para entendernos y comunicarnos es imprescindible la comprensión de la posición de todos los interlocutores. Cuanta mayor empatía se tenga con ellos, mayores serán las posibilidades de progresar construyendo entre posiciones, intereses y perspectivas distintas. Por ello, a través de este libro y en esta sociedad tan compleja y permanentemente agitada sin referencias generalmente admitidas, trato de poner un granito de arena en la concienciación sobre la importancia de esa comprensión recíproca de intereses como primer peldaño para construir cualquier evolución de la sociedad hacia territorios mejores. He observado en infinidad de ocasiones como muchos colectivos aparentemente en discordia están en el fondo de acuerdo en cómo deberían «ser las cosas», si bien las distintas perspectivas en los puntos de partida y la presión de los líderes para no contrariar las emociones de sus seguidores les impiden caminar hacia terrenos comúnmente deseados. Conseguir mostrar que hoy es más importante o difícil saber «cómo» hay que abordar las cosas frente a «qué» hay que hacer, sería también para mí un logro si lo consiguiera. Ojalá así hagamos visible lo destructivo de la arraigada práctica de culpar siempre de todo al de enfrente avivando las llamas de la confrontación polarizada y eludiendo toda responsabilidad.

Me dispongo por tanto a escribir este libro como desahogo socio-existencial de alguien que puede considerarse un «afortunado feliz», aunque no libre de las presiones, corazas, temores y exigencias que esta sociedad ayuda a que nos pongamos los individuos, aniquilando muchas veces nuestra parte más humana y haciéndonos sufrir. En paralelo a nuestro crecimiento económico como sociedad, a menudo padecemos desasosiego, duda y agitación, consecuencia pre-

cisamente del funcionamiento de nuestra sociedad que ha conseguido colmar todas nuestras necesidades materiales a costa de un desacoplamiento emocional en muchos aspectos. La energía que durante milenios hemos dedicado a luchar por sobrevivir y se ha ido organizado de manera muy efectiva hasta conseguir altísimos niveles de producción de bienes materiales y servicios, seguimos teniéndola en nuestro interior, pero debemos aprender, individualmente y como sociedad, a reencauzarla hacia otros fines que nos procuren mayor nivel de auténtico bienestar. Confieso que soy plenamente consciente de la fantasía que supone pretender contribuir a mejorar el mundo. Pienso y escribo como si realmente estuviera realizando grandes aportaciones sin que mi conciencia de estar siendo iluso reduzca mis ganas y motivos para escribir y liberar la presión interna que me pide compartir mi visión.

El libro trata de algunas cosas y no de otras. Alguno pensará que son cosas deslavazadas y que podía hablar de las cosas que hablo como hacerlo de otras cientos o miles. Aunque sé que no es fácil, me gustaría conseguir que se apreciara por qué hablo o destaco algunos aspectos de nuestra condición humana o de nuestra sociedad y no de otros. Y la razón no es otra que incluir en mis reflexiones aquello que nos caracteriza y que interrelacionado entre sí puede ofrecer una explicación coherente de muchas de las cosas que nos ocurren hoy como personas y como sociedad. Sé que habrá otros posibles diagnósticos o explicaciones de las causas de lo que nos sucede pero a mí me bastará con que mis explicaciones sean coherentes y razonablemente completas conceptualmente hablando.

Me gustaría ser capaz de usar un discurso cercano que despierte conciencias e interrogantes de forma amable sin caer en demasiados rigores conceptuales, más para expertos o intelectuales.

Como ya he dicho, este libro tiene para mí la gran importancia de ser una vía para el desahogo de mis inquietudes internas. Todas mis elaboraciones intelectuales y mentales nacen de mi permanente búsqueda de una mejor comprensión del mundo para desde ella aportar algo original y tratar de hacer que este sea mejor. No diría la verdad si negara que el sentimiento más fuerte y oculto que me lleva a la acción es realmente este, probablemente unido a la búsqueda de reconocimiento por ello. Me confieso por ello vulgarmente humano en este aspecto.

Este libro no es pues más que una concreta mirada del mundo tal y como yo lo veo e interpreto. Un mundo lleno de problemas, dificultades y desgracias pero a la vez un mundo que siento que es la mejor versión del mismo que hasta ahora hemos conseguido. Ojalá el mundo del mañana sea todavía mejor.

En algunos aspectos me siento un conservador, realista y poco iluso. Pero en otros me siento un luchador por el cambio. La mirada conservadora no me impide comprender a los que no han sido tan afortunados como yo. Y esa capacidad de comprender a los que son distintos y han tenido otras trayectorias vitales y el olfato del peligro me dicen que «más le vale al dinero (me refiero al poder asociado al dinero) aprender de cuestiones humanas» honesta y bienintencionadamente antes de que sea demasiado tarde. Las cúpulas de la política y la empresa deben tomar conciencia de la importancia de acercarse a los insatisfechos, ya no solo por filantropía sino por el propio interés de mantener el orden establecido. Todos debemos ser mirados y tratados con idéntica dignidad humana.

Veo y siento vivir en un mundo muy sofisticado y superficial a la vez, en el que aun pareciendo que gozamos de gran libertad nos encontramos sometidos a multitud de exigencias y condicionamientos que, emocionalmente hablan-

do, hacen dura nuestra travesía por una vida bien nutrida de riquezas materiales. Riquezas para las cuales ya casi hemos perdido nuestra capacidad de apreciarlas, al haberlas convertido en necesidades o exigencias mínimas para nuestro bienestar.

Por ello, en muchos aspectos mi visión es crítica con determinados poderes o estamentos bien establecidos, aunque ello no debe tomarse como una visión negativa sino como un empujón a quienes más capacidad de influencia tienen en este mundo para despertar nuevas conciencias o sensibilidades ante ciertas cuestiones. Seguro que muchos de los que se sientan aludidos me mirarán con poca simpatía. Si ello ocurre será una señal de haber conseguido algo en mi diagnóstico e intento de sensibilización, pues no cabe duda de que nada molesta tanto a una persona como el escuchar verdades sobre sí misma cuando no son estéticas en cuanto a su ejemplaridad. Eso sí, que nadie de los que se sientan enfadados por ello piense que yo me considero de superior calidad moral, pues nada hay más lejos de ello.

Quiero ser positivo en la mirada al ser humano. Como raza somos unos animales (especiales) a los que se nos ha dado la enorme responsabilidad de modular o moldear el mundo en su aspecto naturo-social. Y eso es un permanente reto en el que debemos esmerarnos todos. El camino debemos hacerlo todos los días y entre todos, participando activa o pasivamente en su definición y conciliando los múltiples y permanentes conflictos derivados de las distintas visiones y situaciones con sus respectivos intereses.

No sé cuál es el mundo en el que me gustaría vivir pues este en el que vivimos tiene ya mucho de apasionante. Pero también es verdad que me cuesta digerir algunas cosas con las que convivimos todos los días. El lado más oscuro, temeroso y ambicioso del ser humano está presente muy a menudo mostrando su máxima miseria y la sociedad tolera

muchas veces que sean esas conductas las que predominantemente nos gobiernen. Siempre habrá un lado egoísta en el ser humano y no pretendo yo cambiarlo. Pretenderlo sería atribuirme facultades divinas asociadas con el poder de la creación del ser humano. Pero sí quiero mostrar mi mirada sentida ante muchos fenómenos con los que convivimos a diario y que no oculto que a veces me producen cierto enfado y frustración.

No sabría cómo responder a quien me pregunte a qué género literario pertenece este libro. No es un libro de ciencia, ni siquiera de sociología, pues carece del rigor o del suficiente material de soporte más allá del que dan unas cuantas lecturas de aficionado. Y aunque a veces me dedique a filosofar, tampoco es un libro de filosofía ni un ensayo pues en él me permito incluir mucho de lo que siento. Es por tanto un libro de expresión libre de mis pensamientos combinados inseparablemente con mis sentimientos. Podría asimilarse a una biografía de mis sentimientos y pensamientos, aunque de limitada trayectoria por referirse solo a mi etapa actual. Solo desde esa perspectiva y desde mi sentir personal se podrán entender muchas de las reflexiones o especulaciones intelectuales que contiene. Por eso, utilizando una palabra inglesa –que siempre suena más interesante–, me atrevo a bautizar el género como «*feelthinking*» por incorporar en él, de forma inseparable, tanto el sentimiento como el pensamiento. Pienso que el mundo tenderá a familiarizarse y utilizar cada vez más esta inseparable integración de sentimientos y contenidos subconscientes por una parte y pensamiento lógico-racional por otro. Al fin y al cabo ello es fiel reflejo de la verdadera naturaleza humana y de su funcionamiento neuronal.

Ojalá este libro logre entretener a quienes lo lean y contribuir al despertar de una pacífica «revolución humano-emocional de sentido». Me alegraría saber que cada lec-

tor vive en su interior las distintas reflexiones y llega a sus propias conclusiones o perspectivas, confirmándose o convirtiéndose en uno más de los buscadores de una verdad inexistente pero bienintencionada que para mí constituye el mejor camino hacia la felicidad del ser humano.



EL CRISTAL POR EL QUE YO MIRO

Para situar mejor al lector en la comprensión de la perspectiva que este libro trata de presentar es importante exponer previamente los principales pilares y creencias sobre los que descansa mi interpretación del mundo y en general mi mirada del ser humano y de la sociedad. Pretendo «ser comprendido» aun cuando no se compartan mis visiones y para ello es necesario compartir previamente con el lector las perspectivas, creencias y sentimientos desde los que hago mi exposición.

No obstante, aun cuando considero importante su lectura, algunas de las reflexiones y explicaciones contenidas en este apartado pueden resultar especialmente densas para algunos lectores. Recomiendo a quienes se encuentren en ese caso que consideren la opción de saltar la reflexión en la que ello ocurra o ir directamente al cuerpo del libro, pues ello no impedirá una buena comprensión y disfrute del mismo.

Como puede deducirse de la lectura de la «pequeña historia de este libro», muchos no dudarán en calificarme de equidistante en relación con muchos aspectos que generan conflicto en nuestra sociedad. Ni lo comparto ni lo niego. Admito que en muchas cosas simpatizaré con unos y en otras con los contrarios. En unas cosas me mostraré de derechas y en otras de izquierdas. En unas moderno e innovador y en otras una persona anclada en el pasado. Mi adscripción ideológica no es a ninguna sigla o color sino a ideas concretas adaptadas a momentos y entornos específicos. Pues lo que en determinados casos considero bueno y deseable lo puedo considerar muy negativo en circunstancias diferentes. Y esto jus-

tificará para muchos etiquetarme de equidistante, tibio o falto de contundencia. Acepto y comprendo esa crítica de antemano como el precio de mi libertad para buscar y defender en todo momento lo que siento que es justo y equilibrado. Y digo expresamente «siento» y no «pienso» pues mi cabeza no me permite creer en la existencia de justicia alguna en la Tierra si miro con perspectiva y profundidad. Solo las actitudes amorosas me parecen incondicionalmente buenas. Ni mi cabeza ni mi corazón son capaces de imaginar una sola situación en la que no comparta la bondad de esa actitud, pues incluso en una ejecución, una actitud amorosa del verdugo compatible con el respeto a la sentencia me parecerá deseable.

Por ello, en ese afán de presentar una visión y pretender compartir abierta y sentidamente la perspectiva y posición desde la que observo el mundo, explico seguidamente mi criterio y mi sentimiento respecto de una serie de ámbitos que me parecen muy relevantes para quienes quieran comprender el porqué o la lógica de las perspectivas, interpretaciones o diagnósticos de este libro. No son perspectivas nuevas, ni buenas ni malas, sino simplemente las mías, con las que confío que al menos algunos de los lectores se sientan parcialmente identificados.

¿Existe la verdad o una única verdad? ¿Qué es lo bueno y lo malo para el mundo?

La gente sigue hablando y discutiendo como si la verdad existiera y juzgando como si el bien y el mal existieran en términos absolutos.

La verdad solo existe en manos del misterio, o de Dios para los que son religiosos creyentes. Fuera del ámbito divino o del misterio, la verdad solo es algo correcto o coherente

de acuerdo con ciertas convenciones creadas o asumidas por el hombre. La mayoría de las discusiones que se producen son por pensar que la verdad es algo absoluto, o por discrepar respecto de cuáles son esas convenciones creadas por el hombre en las que pretendemos ajustar nuestros argumentos. En realidad casi todas se producen por una discrepancia respecto de la amplitud o exactitud de términos y construcciones utilizados, si bien nuestro cuerpo tiende a vivir la discusión como relativa a la verdad y a la razón absolutas. Y por algún motivo poderoso defendemos mucho «nuestra razón» y el acierto de lo que pensamos o hemos dicho. De hecho, neurológicamente existe una cierta disposición del cerebro a justificar y defender las posiciones manifestadas previamente para mantener «nuestra razón».

En parecido sentido, lo bueno y lo malo no existen sino desde perspectivas particulares o de grupo. El juicio de lo bueno y lo malo en términos absolutos solo puede corresponder a Dios o al misterio, por más que la gente se empeñe y necesite sentirse integrada en el bien y pertenecer al grupo de los «buenos». Cuanto más pienso en el sentido del término «bueno» más aprecio que solo puede referirse a una cualidad de cosas, fenómenos, comportamientos... en relación a individuos o grupos delimitados. Pero lamentablemente tendemos a pensar que lo bueno es bueno para todos y siempre. Tanto lo creemos que incluso yo en este libro me ilusiono al esbozar líneas de pensamiento que contribuyan a un incremento generalizado de lo bueno o del bienestar para la sociedad en su conjunto, sabiendo que probablemente mi buena intención nubla un poco mi buen juicio, pues solo el amor me parece incondicionalmente bueno.

Muy a pesar de todo esto escribo este libro como si creyera en la verdad. Mi condición humana no me permite vivir sin creer en una verdad capaz de integrar con total coherencia la complejidad de niveles cerebrales que me llevan a con-

vivir con reflexiones, sentimientos y creencias arraigadas de forma simultánea. La disonancia entre creencias, sentimientos, valores y reflexiones es muchas veces clara.

Y vivo también como si creyera que lo bueno en términos absolutos existe. Y a estos efectos defino lo bueno como aquello que beneficia más a mayor cantidad de personas de forma sostenible en el tiempo. Pero sé que es una definición tramposa pues la vaguedad y cuestionabilidad de los términos empleados en la definición permiten dejar en el campo de lo indeterminado, relativo y variable lo que es en sí mismo el bien.

Mi teoría de la relatividad

Como acabo de explicar, más allá de mi sentimiento espiritual y de aquello que me da sentido, me resulta imposible saber de forma concreta lo que es bueno y lo que no lo es.

¿Es bueno vivir muchos años? Parece que la respuesta abrumadoramente mayoritaria es que sí. Pero yo creo que dependerá de con qué calidad y de cuál ha sido el precio pagado. Pues, ¿tiene sentido alargar la vida a costa de dedicarse a sobrevivir en lugar de a vivir con plenitud? ¿O es mejor vivir «a tope», aunque ello conlleve algún riesgo o un tipo de vida que no sea el óptimo para maximizar su duración?

Y, por ejemplo, ¿es bueno tener la vida asegurada económicamente? Pues depende. Recientemente he preguntado a varios amigos a los que considero inteligentes y sensatos si creen que es más fácil ser feliz naciendo en una familia muy rica o en una con medios razonables pero sin exagerar. Casi todos ellos consideran que para alcanzar una vida feliz, equilibrada y con una buena dosis de esfuerzos y recompensas, ser hijo de un rico constituye más una dificultad que una ayuda

frente a quien nace en una familia con unos buenos medios para criarse pero no tantos para recibir una buena herencia.

¿Es bueno tener mucha oferta y poder elegir? Depende... ¿Cuántas veces decidimos irnos a un lugar de vacaciones donde prácticamente no hay nada que hacer para no tener que tomar decisiones ante una extensa oferta? ¿No será que la oferta no es siempre tan buena para el ser humano, pues nos quita la paz o nos crea la carga o la responsabilidad de tener que elegir?

Y como estas podría escribir miles y miles de preguntas cuya respuesta aparentemente afirmativa en realidad siempre es «depende». Tan pronto como reflexionamos podemos llegar enseguida a un «depende».

Para contestar «cualquier pregunta sobre la bondad de algo es necesario matizar la pregunta: Es bueno... ¿para qué? ¿Cuándo? ¿De qué manera?... Solo precisando la pregunta y contextualizándola dentro de una jerarquía de valores y «para qué» podremos responder si algo es bueno o malo. Y créanme los lectores si les digo que esta actitud no tiene ningún afán de crear polémica o es por una afición a la discusión, sino que refleja mi más verdadera y sentida forma de ver las cosas. De hecho, como más adelante expondré, considero que hoy nuestro lenguaje se encuentra obsoleto en algunos aspectos por existir muchos vocablos que tienen asociadas a los mismos connotaciones necesariamente positivas cuando deberían ser más neutras o incluso negativas (me refiero a términos como «riqueza», «progreso», «información», «oferta»...)

Por ello, cada vez que analizamos si algo es bueno o malo, me resulta obligado preguntarme: «¿bueno o malo, para qué?».

Bueno y malo son términos muy amplios y abstractos que aglutinan un conjunto de valoraciones para someterlas a una ecuación en la que el resultado parece que tiene que

ser digital o binario en función de multiplicidad de factores que alguien tiene que listar, jerarquizar y a cada uno de los cuales hay que otorgar un mayor o menor peso o influencia. Yo, sin embargo, vivo mi vida con miradas y posicionamiento poco binarios, poco amigo del «blanco o negro» y mucho más trabajando las escalas de grises.

Elogio al sentido común

Me encanta el sentido común. Es la acepción vulgar y algo limitada de la sabiduría. Y me gusta porque desafía a la degenerada deformación social que impide hablar de aspectos cualitativos, no concretos ni medibles, de nuestra vida. Pero me sorprende lo poco que se trae con sencillez a la vida cotidiana para la gestión de nuestras decisiones. Por alguna razón el ejercicio del sentido común está atrofiado y eclipsado por un estúpido sometimiento a las opiniones de expertos, que quizá sean válidas como algo genérico y en abstracto, pero que difícilmente se acoplan a las distintas realidades y contextos que vivimos cada uno.

Tanto el sentido común como la sabiduría necesitan de unos valores y de un «por qué» y «para qué» para poder operar. Ningún consejo es sabio si no está entroncado en un contexto de valores debidamente jerarquizados y al servicio de unos objetivos perseguidos, ya sean concretos o genéricos.

Me produce rechazo escuchar a la gente dar consejos sin haberse preocupado de contextualizar e individualizar la situación sobre la que se presta el consejo. Los consejos no son ni buenos ni malos si no se evalúan en función de su destinatario, el momento concreto en que se prestan, el abanico de valores que son importantes para el aconsejado, los propósi-

tos o metas que se persiguen y las necesidades que se deben proteger, todo ello con algún criterio para jerarquizarlos.

Sin embargo, veo una sociedad en la que se practica muy poco la reflexión y en la que la gente busca soluciones y respuestas rápidas y concretas desdeñando cualquier análisis mínimamente complejo que exija combinar una serie de variables. Parece que queremos saber ya y de forma concreta y medible lo que debemos hacer, como si las soluciones fueran universales para todos los individuos, grupos o sociedades y en cualquier momento.

No pretende este libro ser un tratado de sabiduría ni mucho menos, pero sí reivindicar la necesaria búsqueda de un examen más profundo de las cosas. Una mirada que se esfuerce por comprender la superficie y el interior de las situaciones, personas y grupos en sus distintos aspectos y capaz de vivir en lo indeterminado, en la prudencia, en el equilibrio entre lo sabio y lo pragmático, entre el largo y el corto plazo, entre la riqueza material y el bienestar, y el desarrollo emocional y espiritual. Y es una reivindicación que hago por más que les pese a quienes están asentados en el triunfo del manejo de aspectos, procesos y procedimientos concretos, con una visión limitada solo a los resultados medibles y objetivos, despreciando la experiencia subjetiva humana en el análisis de la bondad de las decisiones o medidas que toman.

¿Dónde está la reflexión?

Ahondando en lo anterior, no puedo negar que este libro es crítico con nuestra sociedad en cuanto a su falta de reflexión profunda. Una crítica a la falta de observación completa y transversal de las cosas y de las personas. Una sociedad que se queda siempre viendo hechos sin ser capaz de elevarse a

perspectivas superiores para observar fenómenos de los cuales esos hechos son simples manifestaciones.

Aunque desde luego hay magníficas excepciones, en general echo en falta en quienes ejercen poder e influencia, miradas equilibradas e integradoras de distintas visiones, que se sitúen en los puntos medios descartando los poco sabios extremos. Una sociedad que no sabe hablar de todas estas cosas y que las deja como reducto para los filósofos o a personas de otras disciplinas que, debiendo ser de enorme importancia, están hoy relegadas a unas pocas aulas o a algunos foros a los que pocos acuden y que, lamentablemente, poco influyen en el movimiento del mundo.

Quiero dar un grito de desahogo para criticar el hecho de que cuando uno trata de hacer algunas de estas reflexiones como base para analizar cuestiones y tomar decisiones en materias importantes para una empresa, un grupo o una sociedad, a menudo se encuentra la respuesta cortante de «no podemos perder el tiempo con esas reflexiones, hay que actuar». O bien un «déjate de pajas mentales...» o «deja de hablar de pájaros y flores...». Vivimos en una sociedad que actúa demasiadas veces sin pensar porque no tiene tiempo para eso y porque parece que pensar no luce. Casi diría que se nos ha atrofiado la capacidad de reflexión...

Soy por ello, en este aspecto, muy crítico con una sociedad que se ha olvidado siquiera de plantearse el sentido de las cosas y que solo muy remotamente se pregunta el «por qué» y «para qué» de las mismas.

Orgulloso de ser un mamífero humano

Pienso que a muchas personas les rechina identificarse o sentirse un animal mamífero. Pero por más que queramos negarlo, eso es lo que somos, con todo lo que ello significa. Sobre las facultades y capacidades que otros mamíferos tienen, nosotros tenemos desarrolladas algunas sofisticadas estructuras cerebrales que nos permiten experiencias y procesos de reflexión distintos y que, conforme a las convenciones humanas, calificamos de superiores. En otros aspectos las facultades de muchos mamíferos son muy superiores a las nuestras. Y eso no es ni bueno ni malo, ni mejor ni peor. Es así.

Por otra parte nuestros instintos animales son los que nos mueven y nos sostienen en la vida. La sociedad gradualmente nos obliga a domar la espontaneidad de algunos deseos y comportamientos animales que hoy calificamos de salvajes para conseguir encajar nuestra convivencia. Pero esos logros de socialización en absoluto extinguen la raíz más profunda que todos llevamos dentro y que nos mueve a ciertos comportamientos básicos.

Personalmente me siento cómodo perteneciendo al grupo de los mamíferos y no quiero renegar de muchas cosas que comparto con muchos de ellos ni de mi condición más animal, que es la que realmente encarna la vida. Sin embargo siento muchas veces que algunos sofisticados entornos sociales que se sienten muy elevados pretenden negar nuestra verdadera condición animal, perfectamente compatible con nuestra maravillosa condición humana. Ello causa muchas veces una fricción artificial que produce dolor, sinsentido y falta de autenticidad conduciendo a nuestra sociedad por un camino con suelo de barro.

Antropología del instinto

Aunque a veces nos cueste, debemos aceptar nuestra naturaleza pre-programada en muchos aspectos. Nuestra programación genética es determinante de la dirección de nuestras actuaciones. Y, nos guste o no, salvo desviaciones excepcionales venimos al mundo con el mandato biológico de sobrevivir y contribuir a que nuestra especie sobreviva. Esto nos exige admitir y aceptar que a menudo nuestros comportamientos están muy condicionados por ese instinto de supervivencia y bienestar individuales que bien podría también calificarse de egoísta.

Es difícil pensar que el hombre no actúe en su propio interés, aunque a veces ese interés se encuentre en el reconocimiento y en la búsqueda de ser querido.

Si queremos comprender al ser humano en sociedad y consiguientemente entender los comportamientos de las sociedades, es fundamental que no perdamos nunca de vista este principio básico de orientación del hombre en sus actuaciones hacia la protección y el bienestar propios y de los suyos. Nuestras plataformas y funciones neuronales están pre-programadas para realizar múltiples funciones y son ya grandísimos los avances en el campo de las neurociencias que permiten asegurar la existencia de estos mandatos por encima de cualquier otra motivación última detrás de nuestras actuaciones. En este sentido incluso prestar ayuda a quien lo necesita implica un cierto grado de egoísmo pues esa ayuda voluntaria se sabe que produce bienestar a quien la presta. Tan es así que los estudios muestran que esas ayudas altruistas y «desinteresadas» dejan de procurar bienestar cuando quien las recibe empieza a sentirse con el derecho a recibirlas.

Y con esta mirada podremos observar perplejos la espontánea inteligencia evolutiva que selecciona comportamientos de éxito que juegan a favor de la evolución darwiniana del ser

humano y de la propia sociedad como suma de individuos. Y así, podemos observar también como los individuos y la sociedad interaccionan entre sí condicionándose entre ellos de acuerdo a patrones difíciles de descifrar.

No pretendo tampoco con esto hacer una autocrítica del ser humano sino admitir la verdad del egoísmo evolutivo en base al cual funcionan las magníficas maquinarias que son el ser humano y la sociedad. Esos mandatos biológicos que son nuestros instintos y las plataformas neuronales que los encauzan (como si de aplicaciones informáticas se tratase) deben estar siempre presentes en el análisis del ser humano, de la sociedad y de cualquier planificación o previsión que queramos hacer para mejorar nuestro futuro. Negar o renegar de esas fuerzas que nos mueven es querer seguir con una venda en los ojos, como la que tuvieron puesta nuestra sociedad y la Iglesia cuando en el siglo XVII se censuraba una verdad como que la Tierra gira alrededor del sol y no al revés, lo cual hasta entonces había sido la creencia «oficial» de la Iglesia.

Si queremos gobernar un rebaño de hombres será necesario entender cómo funciona y qué mueve a los individuos del rebaño, individualmente y como grupo. Los individuos socialmente evolucionados que hoy somos tenemos necesidades nuevas, mucho más sofisticadas que el alimento y el refugio que en otros tiempos fueron las predominantes. Pero la visión tremendamente materialista se impone gravemente hoy sobre otras variables del bienestar eclipsando la consideración de los aspectos emocionales, sentimentales y espirituales del ser humano que son, en mi opinión, de importancia incremental, sobre todo en una sociedad saturada ya de bienes y riquezas materiales.

El enfoque de este libro estará, con mi mejor intención, impregnado del respeto a nuestra genética, en nuestro momento histórico y evolutivo, con la que deberemos bailar sin enfrentarnos a ella.

Inconscientes de nuestro inconsciente

Como dice el prestigioso neurocientífico David Eagleman, «no decimos lo que pensamos porque no sabemos lo que pensamos». No me sorprenderá por ello la extendida negación de que existe un tinte egoísta en nuestras actuaciones, incluso en las mejor intencionadas y altruistas, como acabo de explicar.

Tampoco me sorprenderá que muchos piensen que controlan mucho su vida y que lo hacen principalmente con decisiones tomadas de forma consciente y racional. Sin embargo doy por hecho lo que considero que es ciencia indubitada en el sentido de que en nuestro actuar, sentir y pensar tienen más peso los aspectos y fuerzas inconscientes que las reflexivas más controladas...

Basta con mirar el proceso y las etapas del aprendizaje para llegar a conducir con normalidad para apreciar como toda la información que vamos adquiriendo queda registrada en algún lugar de nuestro cerebro o nuestro cuerpo y es posteriormente utilizada de modo inconsciente al servicio de las funciones que decidimos poner en marcha. Lo mismo ocurre con todo tipo de información registrada en forma de memoria consciente e inconsciente y de emociones forjadas en nuestro inconsciente. Somos portadores de una máquina que en modo de piloto automático guía la inmensa mayoría de nuestras actuaciones y decisiones con todo el conocimiento y la información grabado en su memoria. Basta para ello recordar cómo conducimos un coche sin pensar en ello pero gracias a lo aprendido y registrado en nuestro cuerpo.

Son muchos los estudios científicos que dejan ya fuera de toda duda esta realidad aunque nos cueste asumirla.

¿Mejor vivir en la ignorancia?

El ser humano es muy ciego a su ceguera. Y no sé muy bien si la sociedad está preparada para salir de ella. ¿Sería mejor un mundo en el que los individuos en general fueran conscientes de que la verdad como tal, en términos absolutos, no existe? Y ¿cómo sería un mundo en el que no sintiéramos ya que las cosas son buenas o malas sino más bien habláramos de ellas diciendo que «me benefician» o no?

Imaginar un mundo así produce confusión, desasosiego y falta de referencia, y se nos haría insoportable enfrentarnos a cada día sintiendo que buscamos nuestro particular interés para el bienestar o el placer y para huir del sufrimiento y el dolor. ¿Qué sería de mis creencias con las que vivo si las tratara como si fueran verdaderas creencias intelectuales? ¿Cómo sería el mundo si cada decisión y conflicto lo analizáramos con esa precisión y limpieza socrática pero sin un sistema de valores que sustentara la inclinación de las cosas hacia uno u otro lado? ¿Acaso deberíamos fortalecer la conciencia permanente de que el hombre va a lo suyo o es un lobo para el hombre, o tiene más sentido adormilar esa sabia reflexión? ¿Y cómo podríamos definir unos valores para un mundo que no sabe muy bien hacia dónde va pero en el que no hay más espacios para la conquista?

No tengo respuestas. Por eso no me atrevo a responder a las preguntas anteriores ni saber qué es mejor en términos universales.

Solo me atrevo a decir lo que me gusta, aquello que me resulta más simpático, más alineado con mis particularísimos valores (aunque en mucho sean valores compartidos con los de mi alrededor). Y, junto a ello, expreso mi creencia de que a todos, en general, nos produce sosiego sentir que nuestras vidas discurren por entornos en los que nuestros valores están presentes y son generalmente respetados.

Y, por ello, para contestar a las preguntas anteriores, si de mi contestación dependiera la realidad me inclinaría a pensar que el ser humano vive con mayor grado de felicidad dentro de su propia cápsula de ignorancia y creencias más o menos falsas. Necesitamos creer en lo bueno y en lo malo de forma inmediata, espontánea y no racional, pues somos seres muy emocionales y nuestros instintos y motivaciones nos mueven y no podemos vivir sin «referencias» que nos permitan mantener en paz nuestras conciencias movilizadoras de nuestros actos e inclinaciones. Nuestras conciencias necesitan la existencia de la verdad y de lo bueno y lo malo, y nos hacen ser permanentes buscadores de la verdad dándonos la necesaria energía para ello.

Lo que de verdad nos mueve

He hablado ya del inconsciente del que, redundando, digo que no somos conscientes. Es necesario destacar la importancia de admitir que, a menudo, aunque tendamos a negarlo, nos mueven motivaciones de las que no somos conscientes. Creemos que sabemos bien por qué hacemos las cosas, pero muchas veces no somos capaces de hacernos explícita a nosotros mismos la verdadera razón por la que hacemos algo.

De hecho, a modo de ejemplo, cada vez más tenemos que utilizar formas indirectas y el autoengaño para conseguir «no hacer nada». Hoy en día no hacer nada no resulta barato. Valga como ejemplo la cantidad de gente que va a un spa un sábado y realmente lo único que consigue con ello es no hacer nada. Ha comprado tiempo para no hacer nada porque de otra forma no lo consigue y además no es glamuroso. De hecho, yendo al spa el sábado el lunes podremos incluir la visita en el relato de nuestro atractivo fin de semana cuando

lleguemos a la oficina, sumado a la magnífica lista de cosas que hemos hecho.

Como ese ejemplo hay muchos más. ¿Cuánta gente viaja más para contarlo que para disfrutar del viaje...? Yo creo que muchos, a pesar de que todos lo negamos. Muchos de los que compran un cochazo llamativo, ¿lo hacen porque les gusta o simplemente para que les quieran? ¿Cuánta gente cree que le gustan las cosas, no porque estén de moda, sino por gusto propio puro y no condicionado? Cuando lo que buscan realmente es su adecuada integración por el grupo social al que quieren sentir que pertenecen.

Por ello no deben sorprendernos muchas de las especulaciones de comportamiento social que se vierten en este libro. Son sencillamente fruto de mis intuiciones sobre las motivaciones últimas y desconocidas que muchas veces mueven nuestras actividades.

Yo, mí, me, conmigo

Ante un conflicto entre los intereses de uno y los de los demás, lo normal es que el comportamiento individual tienda a proteger lo propio por encima de lo ajeno. Es cierto que hoy ese egoísmo no se manifiesta de manera descarada pues la realidad es que es un egoísmo disimulado y matizado por las reglas y los valores de convivencia que decimos compartir. Pero seguramente si pensáramos en por qué se respetan esos valores, contestando desde la más absoluta sinceridad deberíamos afirmar que lo hacemos porque nos conviene. En general, en una sociedad que funcione bien y respete sus principios, es mucho más rentable renunciar a una forma de egoísmo directo de tipo infantil para preservar la decencia y la educación, pues seguramente la imagen de decente en

nuestra sociedad la consideramos un valor superior a lo que perdemos con el ejercicio de un egoísmo directo o indecente.

En definitiva, aunque suene muy mal y esté en contra de la ideas «buenistas» y del bien pensar del ser humano, yo no creo que el ser humano en general ponga por delante a la sociedad o al grupo por encima de sus propios intereses cuando son incompatibles. Cuando su comportamiento está alineado con la ética y los valores sociales es porque le conviene mantenerse así a lo largo del tiempo para ser aceptado o reconocido por la sociedad y sacar partido de ella. Las cosas las hacemos porque a la larga o a la corta nos convienen. Y creo que así, poco a poco, con ese respeto reiterado de pequeños principios se ha ido conformando la ética social a lo largo de cientos o miles de años pues el respeto general a la ética social refuerza a la propia sociedad y la hace más eficaz en sus relaciones y consecuciones.

No quiero decir con ello que el ser humano sea malo, pues lo que digo es que es egoísta. Pero me gustaría remover los tintes negativos de ese egoísmo pues no es sino nuestro mandato biológico de supervivencia que debemos acoger con naturalidad como parte de nuestra naturaleza. Y es verdad que ese egoísmo nos lleva en ocasiones a ser malos, entendiendo por malos (desde la perspectiva de un grupo social concreto) los que hacen algo contrario a lo que dictan la ética y las convenciones sociales. Entender esto resulta fundamental para comprender la crisis del funcionamiento de nuestra sociedad en muchos aspectos.

Existen casos en los que uno antepone el interés de los demás por delante del propio. Pero son escasos y además tienen algo de truco. Debo decir que admiro mucho a la gente que así lo hace (sacerdotes, misioneros, voluntarios...) y que me gustaría ser como ellos. Pero también debo decir que, como dicen los budistas, esa actitud no es sino la manifestación del llamado «egoísmo inteligente», que convierte la

actitud de generosidad y preponderancia del interés de los demás o la entrega a Dios en el mejor camino para la felicidad propia. Pero insisto, los envidio sanamente y los admiro. Y ojalá hubiera muchos más egoístas de esos en el mundo.

Creo también en las actuaciones de algunas personas especiales que se dejan guiar por lo que llamo un interés «híbrido», es decir que beneficia tanto al individuo que promueve algo como a la sociedad donde se promueve. Se trata de la capacidad de algunas personas con mucha inteligencia y personas guiadas o tocadas por su espiritualidad o de otras con la capacidad e inteligencia para conseguir integrar la consecución o realización de un interés social con su interés individual. Sería algo así como sentir un triunfo, satisfacción o plenitud personal en la consecución desinteresada de cosas buenas para la sociedad. El interés individual abraza el general.

Empresarios y políticos

A menudo solemos pensar y reprochar muchos de nuestros males a nuestros líderes empresariales y políticos atribuyéndoles la peor calidad humana. Más allá de juzgar sus actos los descalificamos como personas sin ningún reparo y les atribuimos una calidad personal y ética muy inferiores a la nuestra. Por alguna razón consideramos que nuestra categoría moral, personal y ética es superior a la de nuestros líderes.

Trabajo mucho ayudando profesionalmente a empresarios a prevenir y solucionar conflictos y a gestionar situaciones difíciles y de cambio. Tengo por ello mucho contacto con ellos en sus distintas tipologías y no tengo duda de que su calidad moral suele ser alta, y desde luego en ningún caso puede generalizarse en lo que se refiere a ellos una opinión más ne-

gativa que la del resto de ciudadanos. Cada vez que he creado una relación próxima con un empresario y comprendo y vivo la situación y la perspectiva desde la que él ejerce sus posiciones y cargos he confirmado actitudes respetuosas con las personas y los principios, y he comprobado que, en general, son personas honradamente movidas por su interés empresarial compatible con una buena contribución a la sociedad.

Dicho esto no quiero negar que desde la perspectiva de ciudadano o trabajador común muchas veces observamos prácticas empresariales que resultan inaceptables. Es así y este libro es crítico con ellas por el impacto que tienen en la progresiva degradación de los principios y valores que deberían regir nuestra sociedad.

No puede negarse que haya empresarios y ejecutivos perversos y poco respetuosos con la sociedad, el ser humano o la ética, pues de todo hay en la viña del Señor, al igual que en todos los colectivos hay personas buenas y personas malas. Pero de lo que debemos ser conscientes es de que no es tanto la cualidad personal o moral de los empresarios lo que es deficiente, sino que estos viven en un entorno en el que la presión, las exigencias permanentes y la sofisticación de las prácticas les hacen más proclives a perder cierto contacto con la realidad y a anular la conciencia del impacto negativo de sus actos u omisiones en su entorno. La existencia de las múltiples capas protectoras que crean los organigramas y las jerarquías los llevan a menudo a no poder percibir muchas de las disfunciones y faltas de comportamiento que llevan a cabo como empresa y cuyos efectos se trasladan tanto interna como externamente.

Es esa excesiva y permanente presión la que lleva muchas veces a empresarios y altos ejecutivos a mirar para otro lado y casi ignorar que las prácticas que se realizan en sus equipos no son suficientemente respetuosas con los principios que tienen asumidos. Esa presión, unida a la falta de tiempo y

a la necesidad de obtener resultados sin demora, pueden llevar a cierta relajación en el control y la garantía de decencia de las actuaciones empresariales, como a menudo ocurre.

Pero aun cuando esto sucede, es una realidad que, tan pronto como un empresario o alto ejecutivo toma conciencia de las cosas que están ocurriendo mirándolas con la adecuada perspectiva fuera de confrontaciones o excesos de presión, la calidad humana que muestra es tan indudable como la de cualquier otro ciudadano, si bien es verdad que a veces la toma de conciencia de las cosas no resulta suficiente para el cambio en entornos muy competitivos..

En el campo político, no me puedo pronunciar de forma tan contrastada pues carezco de experiencias personales concretas con políticos en el día a día de sus actividades en competencia con otros políticos. Pero intuitivamente tengo el convencimiento de que están sujetos al mismo fenómeno. Como promedio, no son tanto ellos los que tienen peor condición moral y ética sino que es el contexto político el que, ante grandes presiones por los resultados en forma de votos, determina el uso creciente de unos medios, prácticas y formas de actuar que vistas con perspectiva resultan absolutamente intolerables.

Pero dichas prácticas son consecuencia de la tolerancia por parte de los votantes de los partidos que las llevan a cabo (cada uno las suyas), pues en el momento de votar nos olvidamos de hacer juicios o valoraciones reflexionadas y con criterio y miramos también hacia otro lado para no ver algunas prácticas de nuestros representantes políticos que probablemente nos repugnan pero que admitimos si quienes las hacen son «los nuestros». Y si nosotros miramos para otro lado ¿por qué no van a hacerlo también los que nos representan si saben que se lo premiamos? En el ejercicio del voto probablemente nos apoyamos únicamente en resultados siendo muy utilitaristas y haciendo la vista gorda si así nos conviene.

La calidad media moral o ética de nuestros líderes es de igual nivel que la de los ciudadanos en general, pues es este conjunto de ciudadanos, como cantera, de donde se nutren los puestos de liderazgo, y son los ciudadanos, como grupo, quienes toleran o condenan unas y otras prácticas. A menudo reprochamos a nuestros líderes lo que nosotros mismos hacemos cuando nadie nos ve en nuestras esferas privadas.

Mi credo

Me siento cada vez más dependiente de mis vivencias espirituales y de sentir que Dios camina siempre a mi lado. Es para mí el mayor apoyo para hacer mi camino diario. Algunos, para sembrarme de dudas me dicen con cierto tono intelectual que soy católico porque he nacido en España y en un entorno determinado y que si hubiera nacido en otro lugar seguramente profesaría otra religión. Contesto siempre que ni me planteo, ni quiero plantearme esas cuestiones.

Después de muchos años de sequía religiosa y espiritual hace ya más de quince que sentí un susurro espiritual que me llamaba. Haciendo por oírlo y dejándome llevar sin ofrecer oposición a él, he ido poco a poco tejiendo un conocimiento experiencial de Dios que en mi interior considero irrefutable, por más que la ciencia pueda decir que esas experiencias no son sino meras ilusiones o falsas creencias asociadas a nuestro gen religioso. No niego los aspectos científicos y neurológicos de esta realidad pero tampoco doy legitimidad a la ciencia para adentrarse en los aspectos religiosos del hombre, pues por definición la religión y la espiritualidad deben comenzar más allá de los límites que la ciencia abarca.

Son muchos los ratos que con gusto he dedicado en mi diario personal a hablar de mis experiencias religiosas y a ana-

lizar cómo ellas han constituido una iluminadora fuente de conocimiento. Hoy no puedo concebir una sociedad sin espiritualidad (sea por la vía que sea) pues considero que el hombre sin ella está incompleto en su faceta más mundana o terrenal. Sin pretender eliminar en nuestra sociedad la competencia y la meritocracia, tan instauradas y que tanto han aportado al mundo en el ámbito de la riqueza material y de producción de bienes y servicios, considero que hoy necesitamos inundar la sociedad de actitudes placenteramente compasivas, pues solo así podremos dar cabida y acogida a todos los seres humanos, a la vez que encontrar felicidad en el ejercicio de la compasión o en nuestra entrega para servir de acuerdo con lo que a cada uno nos dé un sentido profundo.

Pero esa proliferación de actitudes de servicio y compasivas entroncadas en nuestro sentido no pueden imponerse sino ser el fruto de un desarrollo humano espiritual, que ya me gustaría se fuera produciendo poco a poco en la sociedad con un gradual destierro del exceso de materialismo y el adictivo consumismo.

Y debo decir que en materia religiosa hace mucho que no discuto ni tengo planes de discutir. Aunque me demostraran que estoy equivocado y que Dios no existe, con esa misma razón o racionalidad empleada para tal demostración tengo plenas capacidades para seguir creyendo en Dios. La facultad de razonar es algo que Dios ha puesto a mi servicio y si creer me va bien, no voy a ser tan estúpido como para dejar de creer en Él solo porque por medios racionales no pueda llegar a Él. De no ser así, mi facultad de razonar no estaría a mi servicio. Mi experiencia de Dios no es racional pero es un conocimiento tan innegable como mi propia existencia. Y con una lógica racional, me resulta tan fácil pronunciarme a favor de la existencia de Dios como lo contrario, si bien considero temerario aplicar la razón por sí sola para el análisis

de ámbitos que ni siquiera podemos concebir. Y siendo esa mi convicción, ¿cómo voy a dejar de creer en Dios?

Dios me inspira y me guía. De no ser así no sería capaz de tener ni siquiera una mínima referencia intelectual-antropológica que me sacara de mi profundo escepticismo y de mi arraigado relativismo respecto de lo que es bueno y malo.

La cuestión del bien común

¿Es lo bueno para la sociedad lo bueno para los individuos? Menuda pregunta me acabo de hacer. Es una pregunta sin respuesta. De nuevo los términos «bueno» o «malo» son insuficientes, por genéricos, para poder contestar a la pregunta sin hacer múltiples reflexiones y matizaciones.

Para valorar si algo es bueno para mí, seré yo el que deba poner los factores y pesos que componen mi ecuación de la bondad. Pero para establecer lo bueno para la sociedad los factores parece que deben determinarse colectivamente de una u otra forma por la propia suma de la opinión de los individuos afectados, o de forma dictatorial cuando es alguien (o un grupo) el que impone el criterio de lo que es bueno para una sociedad.

En lo que se refiere a mí, el término «bueno» lo reservo para aquello que mi reflexión, mi intuición, mis impresiones y mis sentimientos combinadamente me indican que es conveniente para contribuir a mi normal supervivencia a largo plazo con bienestar, o al menos sin sufrimiento en el curso de la vida. Podría decirse que en el plano personal el concepto de lo bueno está guiado casi únicamente por orientaciones egoístas de quien lo juzga, aun cuando dentro de ese egoísmo quepan la compasión, la filantropía, la protección de «los míos»... pues tales actitudes pueden contribuir a un egoísta bienestar.

En el caso de la sociedad, considero que el término «bueno» debe aplicarse a lo que contribuye a asegurar que la misma, como grupo, continúe existiendo con fortaleza para aguantar ataques internos o externos que pudieran hacerla desaparecer o hacer sufrir a los individuos que la componen. Podría también decirse que será bueno para una sociedad aquello capaz de contribuir a su propia supervivencia y a que los individuos que la integran cumplan su mandato biológico de sobrevivir y conservar la especie.

Me maravilla la sabiduría de quien ha creado las claves y la inteligencia de nuestro funcionamiento como animales sociales. Nos ha regalado el concepto de sociedad como herramienta al servicio de la mejora de nuestras posibilidades de supervivencia, a la vez que nos ha impuesto el reto de mantener una conciliación permanente entre los intereses y el bienestar individual y la fortaleza de una sociedad que se supone que nos protege y aúpa como individuos.

Si hemos llegado hasta donde hoy estamos, parece que debe ser porque a lo largo de la Historia esta conciliación ha tenido que producirse, ha funcionado. Pero, sin duda, habrá habido eras en las que la sociedad se ha sostenido a costa de la infelicidad o el sufrimiento de los individuos. Eso es fácil apreciarlo en épocas como las de guerra. Pero de alguna forma puede también apreciarse en la época actual. En muchos aspectos hoy el individuo se encuentra más y más sometido a fuerzas y dinámicas del sistema y a sacrificios de su individualidad, a ritmos difíciles de digerir por ser contrarios a nuestros hábitos y a nuestra propia genética.

Existen hoy miles de muestras que, sin ser ninguna muy relevante, hacen que la suma de todas ellas pueda contribuir a crear una sociedad cargada de individuos desasosegados, sin sentido y viviendo con la lengua fuera y con poco sentimiento de disfrutar o sentir bienestar. Me basta pensar en la obsolescencia programada de muchos productos para apre-

ciar cómo algo que es bueno para sostener nuestro sistema capitalista (que tanta riqueza nos ha aportado), supone un castigo para quien como consumidor es víctima de esa tendencia. Se suponía que el consumidor debería ser beneficiario del progreso tecnológico, pero veo muchos síntomas de que es más bien la sociedad la que se beneficia de las personas.

Particularmente yo hoy me siento esclavo de demasiadas «necesidades» creadas por nuestra propia sociedad. Seguramente serán necesidades cuya existencia es muy buena para la supervivencia social y de nuestro «sistema» pero constituyen un incómodo peso para poder sostener día a día el creciente coste de cubrirlas para mí y mi familia.

¿Cuál es el precio que pagamos, en términos de verdadera felicidad experimentada, para hacer sostenible nuestra sociedad? ¿Están la sociedad y el sistema creados al servicio de su masa general de individuos o son más bien los individuos quienes están al servicio de su sociedad y del sistema creado?

Los interrogantes son más fáciles de formular que las respuestas.

Cuando el miedo y la ira se unen

Desde siempre he oído y he podido comprobar desde mi propia experiencia que nada produce más unión entre dos o más personas que el hecho de tener un enemigo común. Y los lazos de unión se fortalecen especialmente si el enemigo está activo y se le observa como una fuente de peligro presente o inminente.

Los enemigos y el peligro que de ellos tememos pueden tener su vertiente objetiva. Pero en nuestra sociedad muchos de los peligros son meramente percibidos y por ello debemos

considerarlos subjetivos. Son por tanto fácilmente manipulables por quienes tienen interés en crear un enemigo del que luego se beneficiarán con la explotación de la ira de un grupo.

Cualquier grupo de personas enfrentado a un enemigo resulta fácil de encolerizar cuando es jaleado por alguien exaltando los peligros del enemigo y los ataques y afrentas que este hace a los intereses y a la dignidad del conjunto. La ira contagiada y recrecida que se genera en el grupo supone una tremenda fuente de energía para la lucha contra el enemigo y nubla cualquier perspectiva más amplia y objetiva de la realidad. Digamos que, llegados al extremo, el grupo se ciega como se ciega un animal defendiéndose de un ataque, perdiendo la perspectiva de lo que realmente le conviene.

Por eso hoy las personas se unen muchas veces irracionalmente en torno a causas que realmente no tienen sentido y haciendo que la unión en torno a un enemigo (más bien artificialmente creado) se haga incluso entre personas cuyas diferentes circunstancias naturales o sociales tendría mayor sentido que las hicieran enemigas entre ellas. Los «enemigos naturales» olvidan las razones objetivas y ciertas para su enemistad o recíproca desconfianza y se unen con pasión frente a un enemigo construido de mayor rango o «más activado». Los nacionalismos y otras formas de populismo son en general un magnífico exponente de este fenómeno.

Por ello considero que la ira y el miedo en torno a un enemigo común son las mayores fuerzas de unión de los seres humanos, de las ciudades y de los estados. Y siendo la condición de enemigo consecuencia más bien de percepciones que de realidades, el mundo está más y más sometido a la explotación de las emociones colectivas para generar confrontación y polarización en beneficio de quienes precisamente las crean.

Desgraciadamente atrás quedaron los líderes que aglutinaban a las personas en torno al sueño de un proyecto común beneficioso para sus seguidores...

¿Visión ego, socio, mundi-céntrica...?

El término «enemigo» para mí da también cabida, aunque con cierta atenuación, a aquellos de quienes debemos desconfiar por no ser «de los nuestros», por ser del grupo contrario. Aquellos que en las divisiones simples de las personas en grupos pertenecen a otro grupo. Son miles de divisiones entre Oriente y Occidente, el norte y el sur, educados y maleducados, conservadores y progresistas, nacionalistas o españoles... y miles de clasificaciones en las que el ser humano, inconsciente y permanentemente, encuadra a cada persona en términos de «es de mi grupo o del contrario...».

No puedo dejar de manifestar mi condicionamiento como ciudadano occidental, español y residente en Madrid. Por más que quiera pretender tener una mirada que comprenda el mundo y las sociedades desarrolladas de hoy vislumbrando los elementos comunes de todas ellas, soy consciente de que estoy claramente condicionado por la limitada visión que se deriva de mis circunstancias. Y de hecho será fácil de apreciar por la referencia a ejemplos muy particulares de mi querido país.

A pesar de ello, no me limitaré en mis referencias a una sociedad como esa en la que vivo sino que extrapolaré mi experiencia y conocimiento personal a la sociedad moderna en general pidiendo de antemano disculpas por mi atrevimiento al hacer extensivas algunas reflexiones sobre nuestra sociedad a lugares o ámbitos sociales que jamás he pisado. A quien con mayor perspectiva que yo califique mis opiniones de limitadas o propias de un pueblerino de Madrid le estaré agradecido si me enseña los ángulos en los que las generalidades que en este libro expongo no se dan en mayor o menor grado en otras sociedades. Aceptaré todas esas críticas pues de antemano las doy por merecidas.

Ese inevitable fenómeno humano de clasificar permanentemente todo en términos de «nosotros y los otros» exige que, si queremos hablar de mejorar nuestro mundo o nuestra sociedad, debemos primero preguntarnos: mejorar la vida, ¿a quién? ¿A todo el planeta? ¿Solo a mí, a mi país o solo a mi pueblo...?

Ese fenómeno de clasificación en grupos convive con un creciente posicionamiento de la sociedad manifestando que no debe excluirse a nadie, que hay que integrar a las sociedades y a las personas desfavorecidas, que hay que eliminar fronteras y muros...

Y por ello en mis inquietudes de contribuir a la mejora y al bienestar del mundo en general siempre me enfrento con este dilema al que no soy capaz de dar solución.

En los foros de debate y análisis social, económico o político a los que alguna vez asisto, se habla durante un rato de solidaridad, apertura, igualdad de oportunidades... Pero un rato después, olvidadas las preciosas y buenistas declaraciones solidarias, se debate sobre medidas para hacer Europa, España o nuestra región más competitivas. Jamás he oído reflexión alguna que concilie o integre ambas perspectivas de forma simultánea.

¿Es el ser humano necesariamente competitivo? Si lo es, como yo creo, necesitará competidores y grupos competidores. Y cuando se compite es para ganar, y de ahí la dificultad de conciliar esas dos visiones.

Inevitablemente esto nos conduce, desde una mirada realista, a tomar conciencia de que, nos guste o no, no somos todavía capaces de desligarnos de nuestra fuerza y de los automatismos internos que nos llevan al permanente establecimiento de colectivos y a la incesante adscripción de unos y otros a ellos. Y, por supuesto, a «barrer siempre para casa», tratando de reforzar la posición de «los nuestros».

Por ello hoy, en un mundo tan global y abierto, me pregunto «¿quiénes son los míos?». Si de verdad quiero hablar de contribuir a un mundo mejor, ¿seré solo yo? ¿Mi pueblo, mi ciudad, mi país, continente? ¿O quizá todo el mundo? O quizá un día olvidemos las clasificaciones territoriales y vayamos a una división del mundo entre «los buenos y los malos». ¿Y qué criterios y perspectivas elegimos para decidir quiénes son los buenos y quiénes los malos? ¿No estaremos de nuevo con ello clasificando aunque no sea basándonos en la territorialidad? ¡Qué difícil!

El hombre es competitivo y defensor de sus intereses y de los de su grupo. Por ello, con «nuestra forma actual de ser, pensar y sentir» en tanto en cuanto no haya un enemigo exterior que sea capaz de unirnos de verdad en un solo bloque frente a él, no será posible, en los estamentos de los poderes establecidos, concebir planes, debates o acciones pensados de verdad con visión global de búsqueda de beneficio para todos los seres humanos como conjunto. Creo que en el corto y medio plazo no hay tiempo para cambiar las estructuras cerebrales que nos llevan a esa imperativa categorización que nos hace vivir siempre clasificando «los míos y los otros».

Pero desde mi necesidad de mirar el futuro y la evolución humana con optimismo, confío (o al menos eso digo) en que algún día alguien, sin esperar a que haya de verdad un enemigo exterior, será capaz de poner luz a un nuevo contrato social de ámbito global y a un sistema de gobierno social y mundial guiado por mejores principios o prácticas que los que hoy imperan.

Y, mientras tanto, cuando decimos que alguna medida, plan o acción serán buenos, tendremos que aclarar y precisar que nos referimos a que serán buenos, «¿para quién?».

Comprende al individuo y comprenderás el mundo

Siempre me ha gustado mucho ese dicho de que «una mariposa batiendo sus alas en un lugar del planeta puede ser la causa de un vendaval en el otro extremo del mismo». Es sin duda una afirmación extrema y provocadora, pero me gusta la idea que encierra. Todo es causa o concausa de los fenómenos vivos que acontecen en la vida.

En el ámbito de nuestra sociedad, cada ser humano cuenta e influye en los comportamientos de los demás. Los comportamientos de los grupos de personas generan reacciones dentro de ese mismo grupo o de otros grupos de la sociedad. Todos los comportamientos se encuentran interrelacionados, aunque haya algunos más influyentes que otros.

Cualquier fenómeno social se produce porque algún individuo dice o hace algo. Ante ello reaccionan otros individuos que generan a su vez un determinado efecto en otros e incluso en el primero. Y así sucesiva y sucesivamente se va generando un fenómeno sistémico de interrelación viva y permanente de todos los seres humanos y de estos con su entorno natural o su hábitat.

Por ello el conocimiento y la comprensión de las posibles motivaciones y miedos que provocan las reacciones de los seres humanos ante determinados hechos permite cierta anticipación de fenómenos, aunque de forma muy tenue y generalmente poco precisa. Especialmente difícil resulta tratar de hacer predicciones concretas. Resulta siempre más posible anticipar reacciones de rechazo del ser humano o de los colectivos ante determinados hechos o circunstancias que la estimación de cuál va a ser la forma en la que se va a manifestar tal rechazo y los acontecimientos en cadena que eso va a producir en la sociedad. Los infinitos matices con los que un ser humano puede reaccionar, multiplicados por las infinitas

formas y matices de reacción de los otros seres humanos que rodean a quien reacciona en primer lugar, hacen impredecible la concreción de los fenómenos o manifestaciones colectivos de repudio de las cosas. Pero la comprensión de los miedos y motivaciones de las personas sí nos permite vislumbrar ciertas tendencias de reacción o evolución colectivas.

Verdades entrecruzadas y sub-verdades

Pido al lector que me perdone si en cuestiones como la que voy a explicar desvarío un poco. No lo niego, pero son desvaríos con los que convivo muy a menudo y que a mí se me muestran con gran claridad cuando integro cabeza y corazón, razón y emoción.

Comprender el mundo exige aceptar la convivencia de muchas verdades entrecruzadas que no se mueven en el mismo plano.

Sin duda nuestra comprensión del mundo no es perfecta y nos falta integrar en una sola ecuación y plano distintas verdades (admitiendo a estos efectos que existan) y perspectivas. Cada una es tan cierta como otras con las que convive y una verdad no excluye a las otras. Ninguna verdad por sí sola es capaz de explicar todos los fenómenos sociales en un momento dado. Pues incluso en una foto de un momento concreto existen verdades que parecen incompatibles cuando se hace un juicio o explicación sobre la bondad de unas y otras cosas. Basta ver acciones calificadas de heroicas por un bando en una guerra cuando se juzgan con la perspectiva de ese bando y que resultan deleznable cuando se observan desde la perspectiva del contrario. Y ello es así aun cuando intelectual y éticamente los dos bandos compartan valores y criterios de juicio similares. Son las particulares vivencias de

cada bando las que llevan a distintas verdades sentidas por parte de cada uno y que, entrecruzadas con múltiples factores, afectan y condicionan las relaciones.

El momento temporal y las perspectivas afectan la calificación social de algo como verdad y por ello ante los mismos hechos pueden convivir dos verdades contrarias. Solo una función matemática o algorítmica que explique el movimiento y las relaciones de causa y efecto podría dar forma y explicar una única verdad integradora de las varias posibles sub-verdades. Pero ese algoritmo tendría que estar nutrido por variables tales como los valores, creencias, premisas etc. definidas de forma concreta y con unas reglas precisas de jerarquización como si de una fórmula matemática se tratara. Pero ¿quién tiene la soberanía o la potestad para fijar, precisar y jerarquizar todas esas variables? La respuesta es «nadie que se pueda concebir con las capacidades del conocimiento humano».

Nos enfrentamos en esta reflexión a una verdad basada en la física y las matemáticas que convive con la verdad de cada experiencia humana vivida, tan cierta como vivencia, como lo puede ser cualquier certeza matemática. Y ello por más que algunas veces queramos despreciar esa verdad diciendo simplemente que se trata solo de una ilusión. ¿Habrá entonces que hablar de una verdad en el plano de la ilusión y de otra en el plano científico-matemático o deberemos volver a cuestionarnos lo que es la verdad?

Como ya he dicho, vivo a gusto dejando la verdad y la realidad en el universo del «misterio» y teniéndolas como una meta que me sirve como guía. Y mientras voy hacia esa inalcanzable meta prefiero vivir asumiendo con naturalidad un concepto simple y mundano de la «verdad».

Espacios de misterio

Coherente con la visión que vengo expresando, necesito espacios de misterio, pues solo así puedo digerir las nuevas verdades científicas, que no cuestiono cuando se limitan a su ámbito propio. Pero la verdad científica no debe ir nunca más allá de lo que los propios métodos científicos son capaces de abordar o concebir. Respeta de esa forma un espacio para las imprescindibles creencias humanas en aspectos trascendentes que están más allá de las fronteras de la ciencia. Es la delimitación con el territorio de lo desconocido, del misterio en el que se alojan la fe religiosa y otras arraigadas creencias personales, como podría ser mi creencia (muy sentida aunque muy descreída) en la existencia de «mérito humano». Me parecen inauditas las discusiones racionales pretendiendo demostrar científicamente la existencia o la inexistencia de Dios. Nada me parece más equivocado, pues el lenguaje y el método científico ni siquiera pueden aplicarse a ese ámbito. El hecho de hacerlo demuestra un afán defensivo de notoriedad, precisamente ante el miedo o vacío que puede producir a las personas el hecho de vivir solo bajo concepciones científicas capaces de explicarlo todo aniquilando toda esperanza de encontrar «sentido».

Desde ese respeto de los límites científicos se concibe, al otro lado de ellos, un territorio de esperanza en el que, sin existir conocimiento concreto, se contiene espiritualmente todo el potencial de explicación de todas las cosas con sentido. Son espacios sobre los que no cabe la discusión, pues ante ellos solo se puede hablar de compartir o no compartir vivencias, miradas y perspectivas. Entrar en discusiones y dialécticas es prostituir la pureza de esos espacios en los que solo «vive» lo desconocido. Únicamente las experiencias compartidas sobre esos territorios inconcretos y desconoci-

dos nos permiten una cierta comunicación o comunidad humana para entenderlos, o más bien interiorizarlos en forma de vivencias que se hacen parte de nosotros.

La permanente confianza en esos espacios desconocidos me permite a mí conciliar serena y coherentemente mi existencia con verdades científicas o racionales que se me hacen excesivamente duras de asumir al ser contrarias a otras creencias bien arraigadas en mí. Durante un tiempo la Iglesia no supo admitir que la Tierra giraba alrededor del sol. Yo lo comprendo pues supongo que no sería fácil desmontar un arraigado sistema de creencias y referencias, quizá en muchos casos interesadas. Pero no quiero caer en ese error y por ello la actitud que explica mi visión del mundo es de confianza y aceptación de las verdades científicas, conviviendo con un liberador apoyo y descanso en esos grandes espacios de misterio y desconocimiento.

Bailando con la incoherencia

Nadie debe sorprenderse cuando aprecie incoherencias a lo largo de este libro. Algunas de tipo técnico seguro que habrá y sin duda me habría gustado poder evitarlas. Pero muy probablemente habrá otras de tipo humano, que aparecerán irremediablemente por el hecho existir en mí ciertas incongruencias. Admito que las hay, pues mi propio ser tiene ciertas incoherencias entre lo que piensa reflexivamente mi cabeza y lo que quieren y les gusta a mi corazón y a mis tripas. Con esa combinación de actores dentro de mí, aun que trato de mantenerlos en armonía, no siempre lo consigo. Como se dice vulgarmente, «me traiciona el subconsciente», llevándome a creer cosas que en realidad son deseos del corazón, artificial e interesadamente racionalizados. Segura-

mente en otros casos la presión que solemos autoimponernos para mantener nuestra imagen para parecer personas decentes, dignas y justas me ha podido llevar a creer que pienso cosas que en realidad no pienso. Por el contrario, en otras ocasiones afirmaré que algo no me gusta porque está mal que ese algo guste, cuando la realidad es que me gusta.

Son estas incoherencias las que pueden explicar por qué unas veces aliento la reflexión y la sabiduría y otras concibo como deseables aspectos humanos que más bien no tienen lógica alguna pero que pueden procurarnos una auténtica felicidad basada precisamente en una ignorancia aceptada y no cuestionada. Pues probablemente, como ya muchos autores han dicho, la felicidad quizá esté más relacionada con la ignorancia y con la estupidez que con la sabiduría y los profundos conocimientos y el cuestionamiento de las cosas. Mis incoherencias explican también, como ya he dejado ver, el porqué de mi defensa de las cosas como buenas o malas (aun cuando intelectualmente no crea en esos términos con carácter absoluto) y muchas otras que el lector pueda detectar.

Al fin y al cabo este libro es un baile de reflexiones y sentimientos conmigo mismo para mi propio desahogo y para mostrar al mundo cuál es ese baile con el que vivo y discuro por la vida.

